



EL BURLADOR DE SEVILLA, Y COMBIDADO DE PIEDRA.

PRIMERA PARTE:

Rescuene el métrico acento,
y bucle de uno a otro Poeta,
en las plumas de la fama,
el caso mas portentoso,
la maravilla mas grande,
y suceso mas pasmoso,
que se guarda en los Anales,
y para hacerlo notorio,
no presume mi ignorancia
remontarse al sumptuoso
bello monte del Parnaso,
para implorar el socorro
de aquella sábia influencia,
dulce ficcion de los doctos:
solo proclama, y aspira
mi discurso temeroso,
á aquel numen infinito,
sacro, excelso, y poderoso
cuya luz inaccesible
desterrará el tenebroso
nublado, que se interpone
de sinoscos, y de asombros
á mi triste pensamiento,

de un mal escrito medroso,
Mas, pues, me hallo en empeño
tan arduo, y dificultoso,
siguiendo el rumbo divino
desde el mar, donde rezo
de la celestial Princesa,
Norte de afectos dudosos,
para lograr su obediencia,
ha de sacarme del golfo:
tire mi pluma las líneas,
y admire todo curioso,
asumpto tan nunca oido,
atencion, que el rasgo rompa.
En la grandiosa, y excelsa
Sevilla, lucido emporio,
de las mas nobles Ciudades
de España, blason famoso,
de lealtad claro espejo,
pues en quanto el sacro Apolo
con la circular tarea
devana los copos de oro,
no registra otra mas noble
desde lo algo de su sollo.

En esta Corte suprema,
de virtud y nobleza heroica,
un principal Caballero
vivía en union gustosa
de una muy hermosa Dama,
su igual en lustre, y decoro;
dióle de su matrimonio,
á Don Diego de Tenorio,
el Cielo un hermoso infante,
y en el Bautismo dichoso,
que adquirió, la gracia añade
mas duplicado el soborno,
en las gracias que le esmaltan;
pues fué Juan su hombre propio.
Crióse en aquel descanso,
y política, que solo
sabé practicar el noble
con sus hijos amoroso:
creció su belleza, y gala,
con un genio caprichoso,
que odiado de sus parciales,
siempre gustaba andar solo;
entregado á pasatiempos;
al estudio virtuoso
siempre le dió negaciones,
altivo, barbaro, y loco.
Llegó á tocar los umbrales
de la juventud brioso,
y con libertad, y gala,
haviendo puesto los ojos
en una ilustre Doncella,
tuvo traza, y halló modo
de entrar en su noble alvergue,
donde afrevido, imperioso,
logró aleve con la fuerza,
quanto pesó en lo engañoso.
Dexó aquella rosa ajada,
y ultrajado aquel pimpollo,
haciendo barba, y donayre
de un lance tan afrentoso.
cuyo motivo el padre,
os, trahióse piadoso,
determinó el ausentarle.

dándole pronto socorro,
se lo remite á su hermano
á Napoles, donde honroso
por Embasador estaba
del Rey de Castilla heroico.
Recibió el noble tio,
con afecto cariñoso,
y Don Juan en este tiempo,
ingrato, y presumido,
se enamoró de Isabela
la Duquesa, que en el quarto
de la Reyna estaba
por Dama de honor lustroso.
Esta Señora vencida
del que pretendia esposo,
que era un Grande de aquel Reyno,
dispusieron amorosos
verse una noche en secreto;
mas como el amor vicioso,
todo es cuidado, y desvelo,
alcanzó Don Juan Tenorio
á saber de una criada
el concierto: é industrioso,
disfrazando su persona,
acudió al puesto muy pronto;
de forma que la Duquesa,
con recatado alborozo,
pensando que era su amante,
entre apreciables coloquios
le dió las llaves del alma,
para que el ladrón famoso,
de su heroica honestidad,
robase el casto tesoro;
y en medio de aquellas dichas,
que promete el amor loco,
dixo Madama Isabela:
Dulce bien, amado esposo,
voy por una luz, que quiero,
pues tanta fortaleza logró,
mirarte dueño de un alma,
que eres tú su dueño solo;
y aunque Don Juan pretendia,
con halagos cauteloso,

el

de detenerla, fué en vanos,
y atendiendo al alevoso,
con la luz del desengaño,
dió voces su honor heroico.
Alborotó el Palacio,
salió el Rey al alboroto,
sin que el torpe delinquente
de peligro tan notorio
se pudiese redimir,
y echando el rebozo al rostro,
intentaba defenderse:
llegó Don Pedro Tenorio
á este tiempo, á quien el Rey
encargó deste negocio;
y á la Guardia juntamente,
si se resiste brioso,
le dén al punto la muerte;
y á la Dama rigoroso,
que en la Torre de Palacio
la aseguren con decoro,
hasta averiguar, si quiere,
ó puede el hado alevoso
mejorarse en la desdicha,
que ultrajó honor tan costoso.
Apenas se ausentó el Rey,
quitó Don Juan el embozo,
y á las plantas de Don Pedro
se arrodilló afectuoso,
que importa mucho una vida,
y de una honra el destrozo;
y el prudente Embasador,
siendo de su sangre apoyo,
lo escapó por un balcon,
y al Rey persuade de modo,
que imaginándole muerto,
cesó la saña, y enojo.
Dexemos en el Palacio
de Napoles sumptuoso
á la Duquesa Isabel,
anegada en sus sollozos;
y á Don Pedro, que al momento
despachó á Castilla un propio,
dando cuenta del fracaso

lamentable, y lastimoso;
donde dió parte á Don Diego,
que Don Juan en tiempo corto,
á valerse de su amparo,
irá á Sevilla animoso.
Y vamos al Burlador,
atrevido, y mentiroso,
que haviendo sido su asilo,
su remedio, y su socorro
una embarcacion pequeña,
que andaba en el mar á corso,
se levantó una borrasca,
é impensado terremoto,
que yá el misero baxel,
dando de uno en otro escollo,
de salvar la triste vida
desconfiaba el Piloto.
En este conflicto el Joven
al mar se arrojó furioso,
por mirar cerca la orilla,
freno del salobre monstruo;
siguiendole un leal criado
en la nautica famoso,
que viendo á su amo yá
en los últimos ahogos,
hecho racional Delfin,
le escapó sobre sus ombros;
y en la amable arena apenas
puso sus pies alevosos,
quando á una bella Zagala,
que habitaba los contornos
de aquella vecina playa,
hermosa, y discreta en todo,
(cuyo nombre era Tisbéa,)
la solicitó engañoso,
diciendo, que pretendia
quedarse en el arenoso
terreno, y ser pescador,
por gozar sus bellos ojos.
Rendida al fin la doncella
de imaginados antojos,
que el ser principal persona
le persuadia amoroso;

baxo

287
baxo de la fé, y palabra
de su trato mentiroso,
se rindió á sus persuaciones:
pero Don Juan de Tenorio,
ingrato, falso, y alevé,
inconstante, y alevoso,
no contento con quitarle
su honra, qual fiero monstruo,
le pegó fuego á su alvergue,
y con grande desahogo
tomó dos postas ligero,
sin temer el justo enojo
del Cielo, á tan graves culpas,
y delitos espantosos.

La triste infelíz doncella
quedó llorando el malogro
de su hermosa juventud.
Escapando el engañoso
de los riesgos de la Italia;
llegó al fin donde el piadoso
pecho de su noble padre,
para enmendar tanto oprobrio,
con que ajaba su nobleza,
sensual, y escandaloso,
por refrenar la inquietud
de su genio belicoso,

y mudable condicion,
hizo el concierto dichoso
de casarle, porque el Rey
hizo en esta parte todo,
pidiendole á Don Gonzalo
de Ulloa, heroe famoso,
la belleza de Doña Ana
su hija, milagro hermoso
de la gran naturaleza,
el qual la ofreció gustoso,
ignorando el mal empleo,
que lograba con Tenorio.
Dexemos en este estado
el tratado desposorio,
que en el segundo Romance
se dirá el fin lastimoso,
que tuvo este Caballero,
porque trató sin decoro
el honor de las mugeres,
y atrevido, y jactancioso
las burlaba, y ofendia
con obras, palabras, y ódios.
Y ahora humilde suplico
á mi discreto Auditorio,
que me perdonen las faltas
de estilo conceptuoso.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta, y Librería de Andrés de
Sotos, calle de Bordadores, frente de la Iglesia de San Ginés,
donde se hallará.